

Domingo XXII Tiempo Ordinario

*“Este pueblo me honra con los labios,
pero su corazón está lejos de mí”*

30 Agosto 2009 P. Carlos Padilla

*“Recibid con docilidad la Palabra sembrada en vosotros,
que es capaz de salvar vuestras almas”*

No resulta fácil volver al ritmo normal de un nuevo curso. El corazón se rebela y muchas noticias nos hablan del síndrome postvacacional. La depresión llena el corazón de muchas personas al regresar a sus hogares y tener que adaptarse al ritmo normal del año, después de las ansiadas vacaciones. La vuelta a la realidad nunca resulta fácil. Aunque, en el fondo, muchos ya deseaban volver al ritmo de siempre, a la vida ordenada del invierno. Nosotros, que tenemos la esperanza puesta en Cristo, **creemos que no hay motivo para la depresión o la tristeza al volver a casa. Comienza un nuevo curso y sabemos que Dios nos conduce y nos necesita.** Cristo busca hombres que se entreguen por entero en la construcción de su Reino en la tierra. Necesita nuestro sí y nuestra voluntad dispuesta a seguir sus pasos.

Por eso, al acabar este ciclo veraniego, volvemos con el corazón descansado y dispuestos a seguir a Dios allí donde nos pida. El verano ha sido una ocasión inigualable para cargar las pilas, para recuperar el ánimo, para renovarnos, para aprender a vivir, porque a veces, el ritmo de la vida, nos lleva a olvidarnos de las cosas verdaderamente importantes. Así que hoy **nos preguntamos si hemos aprendido a vivir en estas vacaciones.** Teníamos, seguro, muy buenos propósitos al comenzar el verano. Pensábamos que lo íbamos a aprovechar muy bien para todo aquello para lo que en invierno no tenemos tiempo. Sin embargo, puede ser que haya pasado el tiempo y tengamos la sensación de no haber aprovechado del todo los días disponibles.

Son muchas las preguntas que nos ayudan a evaluar este tiempo: **¿Hemos aprendido a usar bien nuestro tiempo libre? ¿Hemos rezado más? ¿Hemos crecido como familia? ¿Hemos aprovechado el tiempo que teníamos para compartir más, para profundizar en nuestros vínculos? ¿Hemos aprendido a amarnos más y mejor?** El P. Kentenich decía: *“Aprendamos, en primer lugar, a hacernos felices el uno al otro, lo que en la práctica significa ir más allá del yo hacia el tú. El amor crece cuando se pone más en primer plano al tú, la entrega al tú, y no al yo”*¹. Las vacaciones son el tiempo para poner en primer plano al tú y quedarnos nosotros en segundo plano. Me da pena escuchar que muchos matrimonios se separan después de verano, después de convivir intensamente durante muchos días. En esos casos el verano muestra la debilidad del vínculo que los mantenía unidos. Cuando se encuentran con tanto tiempo para compartir, comprenden que las heridas son muchas y el amor se ha enfriado. El verano es entonces sólo el detonante de una situación muy debilitada con el paso del tiempo. Nosotros anhelamos que el verano haya sido la ocasión para fortalecer el amor, para crecer en esa actitud de generosidad en la entrega. **Aprender a poner al tú en el primer plano es una tarea para toda la vida y hay que ir aprendiéndola cada día.**

¹ J. KENTENICH, *Lunes por la tarde*, T. 20, 116

Nos sabemos débiles. Sabemos que sin Dios nada podemos. Los atletas como Bolt pueden entrenarse y sacrificarse para lograr la meta que anhelan. Muchos logran adelgazar a base de dietas duras y exigentes. En la vida espiritual, en nuestra realidad de cristianos, no contamos sólo con nuestro esfuerzo y disciplina, contamos con la gracia de Dios y María. Sin ellos, solos, es imposible. **Si vivimos sin contar con Dios podemos caer en la vanidad y en el orgullo, en pensar en que todo depende de nosotros. Podemos llegar al juicio y a la condena, por no mirar con los ojos de Dios.**

Por eso, volvemos siempre la mirada a María. Ella nos recuerda nuestra realidad y nos hace soñar con lo más alto. Este mes hemos tenido presente a María en dos grandes fiestas: La Asunción y María Reina. Ambas fiestas están muy unidas. María es asunta a los cielos y allí es coronada como Reina de todo lo creado. La Trinidad corona a María como nuestra Reina. En Schoenstatt tenemos la costumbre de **entregarle a María una corona.** El signo de esta corona es señal de la entrega del poder sobre nuestras vidas. Ella tiene la corona y puede reinar en nosotros. Muchas veces experimentamos en la vida la debilidad, la impotencia y volvemos los ojos angustiados hacia nuestra Madre buscando amparo. En esos momentos es cuando la coronamos como Reina de nuestra impotencia y de nuestras torpezas. Sólo Ella tiene poder para sacarnos de nuestra situación. La entrega del poder significa confiar totalmente en su conducción. Nos hacemos humildes y nos abandonamos. Cuando ponemos nuestra vida en manos de María, en manos de un Dios providente, recobramos la paz y la confianza. María como Reina nos muestra el camino de la confianza en Dios como el camino propio de la fe. **Sólo el que aprende a dejar su vida en manos de Dios adquiere una verdadera sabiduría para la vida.**

Al comenzar el nuevo curso con esta eucaristía, lo primero que escuchamos es la voz del Señor que nos dice: *“Y ahora, Israel, escucha los preceptos y las normas que yo os enseño para que las pongáis en práctica, a fin de que viváis y entréis a tomar posesión de la tierra que os da el Señor, Dios de vuestros padres”.* Dios nos propone una nueva sabiduría de vida, quiere que comencemos este nuevo curso escuchando lo que quiere de nosotros, para que así podamos vivir. **Sus mandatos son un camino de vida, o, mejor dicho, el camino hacia la verdadera vida.** En un tiempo en que mucha gente se acostumbra a hacerse una religión a su medida, quitando y poniendo lo que su corazón desea, Dios nos pide que escuchemos y pongamos por práctica sus mandatos. Nosotros mismos podemos caer en el mismo error, dejando de lado aquellas cosas que nos parecen muy exigentes o incluso fuera de lugar. Nos hacemos una religión de bolsillo, con un Dios a nuestra medida, pensando que con eso basta. Hoy el Señor es claro y vuelve a poner el acento en la verdadera vida. Si hacemos lo que nos pide, tendremos vida verdadera. Es lo que el alma desea, vivir de verdad. **No queremos arrastrarnos por la vida, queremos ser señores de nuestra historia, queremos vivir con la vida que Él nos da.**

Dios nos lo pide claramente. **No quiere que cambiemos las cosas a nuestro antojo:** *“No añadiréis nada a lo que yo os mando, ni quitaréis nada; así guardaréis los mandamientos del Señor, vuestro Dios, que yo os mando hoy. Guardadlos y ponedlos por obra, porque ellos son vuestra sabiduría y vuestra inteligencia a los ojos de los pueblos que, cuando tengan noticia de todos estos preceptos, dirán: “Ciertamente esta gran nación es un pueblo sabio e inteligente”.* Es curioso, pero al escuchar estas palabras surge la duda en nuestro corazón. ¡Cuántas veces escuchamos críticas a nuestra Iglesia por sus mandatos y peticiones! ¡Cuántas veces nosotros mismos podemos estar dejando de lado aquello que no nos convence tanto! La gente que no cree no nos dice con asombro que encuentra muy inteligente y sabio lo que la Iglesia propone como camino de vida. Un caso muy reciente ha sido la última **Encíclica de Benedicto XVI** del pasado Junio, *“Veritas in caritate”*. No ha saltado a la prensa y ha despertado la admiración del mundo ante la sabiduría de vida que la

Iglesia propone. Sabemos que eso no va a ocurrir. Sin embargo, este curso debería hacernos profundizar en lo que en ella se nos regala como cristianos. **En ella se nos invita a volver a lo esencial, a la verdad que cambia la vida del hombre:** *“Sólo en la verdad resplandece la caridad y puede ser vivida auténticamente. La verdad es luz que da sentido y valor a la caridad”*. La Encíclica invita a profundizar en esa verdad que es Cristo. Pero el mundo, parece no querer saber nada de la verdad. La verdad es incómoda y molesta. Las medias verdades y las medias mentiras parecen ser más llevaderas, evitan la confrontación, son más pacíficas. Sin embargo, lo sabemos, **sólo la verdad nos hace libres y capaces para el amor.**

El hombre vive hoy lejos de Dios, por eso sus mandatos no son recibidos como los deseos de un Padre y no se aceptan con docilidad, como le pide Moisés al pueblo. Moisés acaba diciendo: *“Y, en efecto, ¿hay alguna nación tan grande que tenga los dioses tan cerca como lo está el Señor nuestro Dios de nosotros, siempre que lo invocamos? ¿Y cuál es la gran nación cuyos preceptos y normas sean tan justas como toda esta Ley que hoy os doy?”* Deuteronomio 4, 1-2. 6-8. Un Dios cercano es un Padre que cuida de sus hijos. Pero hoy el hombre ve muy lejos a Dios. Lo triste, es que muchas veces, esa experiencia del mundo es nuestra propia experiencia como cristianos. No conocemos a Dios de verdad y Dios está lejos de nuestras vidas. Nuestro Dios se queda en una idea y no capta todo el corazón. El pueblo de Israel sabía que nadie tenía un Dios como el suyo, porque había visto su mano que los salvaba, que los cuidaba y buscaba sin descanso. Sin embargo, muchas veces nosotros no descubrimos tampoco a ese Dios cercano y presente. Las palabras **que decía S. Bernardo, a quien hemos recordado en este mes de Agosto, nos invitan al amor más profundo a Dios:** *“Cuando Dios ama, lo único que quiere es ser amado: si Él ama, es para que nosotros lo amemos a Él, sabiendo que el amor mismo hace felices a los que se aman entre sí”*. Nuestro amor a Dios es débil, nos amamos mucho más a nosotros mismos. Leía un texto de Santa **Teresa de Jesús Jornet e Ibars**, santa a quien celebramos hace unos días y que dedicó su vida al servicio de los ancianos desamparados: *“Si he de juzgar por mis obras y las de otras como yo, está nuestro amor muy resfriado”*. Yo también lo creo. Nuestro amor a Dios está resfriado, está enfermo. Lo amamos con un corazón débil. **Nos ponemos en el centro y a Dios lo dejamos de lado.**

Esta semana hemos celebrado a S. Agustín. Y, al celebrar a este santo, creo que es bueno detenernos en el testimonio de sus *“Confesiones”*, que siempre nos lleva a buscar más a Dios y a no darnos por contentos con lo que ya conocemos. Cuando de verdad nos hemos encontrado con Él, no podemos dejar de buscarlo: *“¡Tarde te amé, Hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y tú estabas dentro de mí y yo afuera, y así por fuera te buscaba; y, deforme como era, me lanzaba sobre cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no existirían. Me llamaste y clamaste y quebrantaste mi sordera; brillaste y resplandeciste y curaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y lo aspiré, y ahora te anheló; gusté de ti y ahora siento hambre y sed de ti; me tocaste y deseé con ansia la paz que procede de ti”*. No queremos amar tarde a Dios, no queremos que se nos pase la vida dejando nuestro corazón en amores pasajeros que no llenan el alma. **El mundo es un camino al encuentro con Dios, y no queremos quedarnos a mitad de camino.**

Sabemos, eso sí, que una fe sin obras, que un amor que no se manifieste en signos de misericordia, es una fe muerta y un amor seco: *“Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda? El que procede honradamente y practica la justicia, el que tiene intenciones leales y no calumnia con la lengua. El que no hace mal a su prójimo ni difama a su vecino, el que considera despreciable al impío y honra a los que temen al Señor. El que no retracta lo que juró aun en daño propio, el que no presta dinero a usura ni acepta soborno contra el inocente. El que así obre nunca fallará”*. Sal 14, 2-5. Nuestras obras quieren ser reflejo del amor de Dios. Pero

muchas veces reconocemos que nuestro corazón no está limpio y no es libre. **El P. Kentenich hablaba sobre la libertad:** *“Con dolor experimentamos los fuertes límites del don de Dios de nuestra libertad. A diario vemos e nosotros y en los demás, la gran influencia que ejercen las pasiones del corazón y la presión del ambiente. Somos débiles creaturas pese a ser imágenes de Dios. A pesar de todo somos conscientes de la capacidad que tenemos para decidirnos contra la presión de las pasiones y del ambiente. Podemos ser la causa de una nueva cadena de acontecimientos y corrientes. El fin último de nuestra educación: capacitarnos y capacitar para decidirnos libremente por los más leves deseos de Dios”*².

Ésta es la actitud de vida que queremos tener: Queremos ser libres. No queremos vivir en la esclavitud del pecado. Queremos que nuestro amor sea sincero, de corazón, no queremos quedarnos en las palabras, como nos lo pide Jesús: *“Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí”*. **Santiago lo dice con claridad:** *“Todo beneficio y todo don perfecto viene de lo alto, desciende del Padre de los astros, en quien no hay cambio ni sombra de rotación. Nos engendró por su propia voluntad, con Palabra de verdad, para que fuésemos como las primicias de sus criaturas. Por eso, aceptad dócilmente la palabra que ha sido sembrada en vosotros y es capaz de salvaros. Desechad toda inmundicia y abundancia de mal. Poned por obra la Palabra y no os contentéis sólo con oírla, engañándoos a vosotros mismos. La religión pura e intachable ante Dios Padre es ésta: visitar a los huérfanos y a las viudas en su tribulación y no mancharse las manos con este mundo”*. Santiago 1, 17-18. 21-22. 27. Santiago nos invita a vivir de otra manera. Somos hijos de Dios, somos sus creaturas y estamos llamados a llevar a nuestra vida la Palabra de Dios que escuchamos. Si su Palabra se hace vida en nosotros, nuestras obras serán las que muestra Santiago.

Estamos llamados a vivir desapegados del mundo, libres de todo lo que nos ata y esclaviza. ¿Vivimos realmente así? Muchas veces comprobamos que nuestra vida gira en torno a lo que tocamos y eso que tocamos y vemos es lo que enciende nuestro corazón o lo apaga súbitamente. Desatendemos el alma y en ella Dios no puede habitar, porque amamos muchas cosas en las que no vemos a Dios. En lo profundo, lo sabemos, el alma busca siempre a Dios. Lo decía **S. Agustín:** *“Cuanto más vacío, más desgana sentía hacia el amor verdadero. Mi alma no se encontraba bien. Estaba herida, y así, llagada, intentaba curarse con cosas sensuales, que con seguridad no serían apetecidas si no tuvieran al menos algo de espiritual”*. **Buscamos lo infinito, el amor que no cansa.**

Hoy comienza el curso y con él una nueva liga de fútbol. Recuerdo las palabras que decía **Carolina Celine, la esposa de Kaká, pastora de una iglesia evangélica,** hace unas semanas: *“Mientras papá marca goles, nosotros vamos a aplastar la cabeza del diablo”*. Nosotros no podemos ni siquiera marcar goles en la liga de fútbol, y, aún así, la seguimos con pasión. Sin embargo, sí podemos hacer que el Reino de Cristo esté más presente a través de nuestras obras. Ésa es nuestra verdadera liga. Por ella deberíamos sufrir y vibrar cada mañana. Se nos puede pasar la vida siguiendo otras vidas, otros mundos, otros goles y dejando de lado la oportunidad que nos da Dios de vivir nuestra vida con plenitud, jugando cada minuto, entregándonos allí donde Dios nos pone.

En el Evangelio, Jesús nos muestra lo verdaderamente importante en la vida, para que no vivamos apegados a las formas: *“En aquel tiempo, se acercó a Jesús un grupo de fariseos, con algunos escribas venidos de Jerusalén. Y vieron cómo algunos de sus discípulos comían con manos impuras, es decir, sin habérselas lavado - los fariseos y todos los judíos no comen sin haberse lavado antes las manos hasta el codo, aferrados a la tradición de los antiguos, y al volver de la plaza, si no se bañan, no comen; y hay muchas cosas que observan por tradición, como la purificación de copas, jarros y bandejas-. Por ello, los fariseos y los escribas le preguntaban: “¿Por qué tus discípulos no viven conforme a la tradición de los antepasados, sino que comen con manos impuras?” Él les contestó: “Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas,*

² J. KENTENICH, *Instrumentalidad mariana*, 1944

como está escrito: *‘Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me rinden culto, ya que enseñan doctrinas que son preceptos humanos’*. Dejando el precepto de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres”. En comentarios a este Evangelio, decía **S. Jerónimo**: *“Muchas veces las tradiciones de los hombres roban su lugar a los preceptos de Dios”*. Y añadía **S. Beda** sobre este mismo texto: *“En vano purifican sus vasos, siendo así que descuidan el lavar las verdaderas manchas de sus cuerpos, esto es, las del espíritu”*.

En el mundo en que vivimos mandan las apariencias y nos quedamos muchas veces presos de la primera imagen, de lo superficial. ¡Cuánta preocupación existe por mantener un físico aceptable y digno de alabanza para los que nos rodean! ¡Cuántas dietas y preocupaciones por lo exterior, por lo que se ve! Y es que juzgamos por lo que vemos con los ojos. Me vienen a la memoria las palabras que el **zorro le dirigía al principito**: *“Sólo con el corazón se puede ver bien; lo esencial es invisible para los ojos”*. Y tantas veces no somos capaces de mirar con el corazón y sólo vemos con los ojos. Los fariseos se quedaron en las formas, en las apariencias y llegaron a un juicio final: los discípulos de Jesús no cumplían. Su juicio les llevó a condenarlos, porque miraban con los ojos y no con el corazón. *¿Y nosotros?* Creo que muchas veces nos quedamos en las apariencias y no vamos a lo más profundo, a lo verdadero. Nuestros juicios son superficiales. Nos dejamos llevar por nuestros prejuicios y formalismos. **Queremos que todos acepten nuestras formas y rechazamos las de aquellos que no están de acuerdo con nuestra forma de pensar. No miramos con el corazón.**

Jesús continúa: *“Entonces llamó de nuevo a la gente y les dijo: “Oídme todos y entended. Nada que entre de fuera puede hacer al hombre impuro. Lo que sale de dentro, eso es lo que hace impuro al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen las malas intenciones: fornicaciones, robos, asesinatos, adulterios, avaricias, injusticias, fraudes, libertinaje, envidia, difamación, orgullo, frivolidad. Todas estas perversidades salen de dentro y contaminan al hombre”*. Marcos 7, 1-8. 14-15. 21-23. **El mal surge dentro de nosotros.** Muchas veces lo olvidamos y pensamos que viene de fuera. Le echamos siempre la culpa al mundo, a los demás, a las circunstancias. Hoy somos conscientes, al escuchar a Jesús, del peligro que reside en nuestro interior. Muchas veces nuestros propios pensamientos y juicios nos contaminan. **Nuestros celos y envidias, nuestro orgullo y vanidad, nuestros afectos desordenados, se hacen fuertes en el corazón y reinan allí.**

Queremos pedirle hoy al Señor que purifique nuestro corazón, para que no se llene de todo aquello que lo hace incapaz para el amor. No queremos amar a Dios sólo con los labios. Queremos amarlo con el corazón entero. Recuerdo las palabras que, en una carta, le dirigía **S. Esteban de Hungría** a su hijo, futuro rey: *“Sé paciente con todos, con los poderosos y con los que no lo son. Sé fuerte, que no te ensoberbezca la prosperidad, ni te desanime la adversidad. Sé humilde, para que Dios te ensalce, ahora y en el futuro. Sé moderado y no te excedas en el castigo o la condena. Sé manso, sin oponerte nunca a la justicia. Sé honesto, de manera que nunca seas para nadie motivo de vergüenza. Sé púdico, evitando la pestilencia de la liviandad como un aguijón en la carne”*. Nosotros somos también hijos de Rey, llamados a reinar con Cristo y estas palabras nos dan ánimo. Queremos vivir así, con un corazón nuevo, manso, fuerte, humilde, honesto, púdico, moderado y paciente. Un corazón capaz de amar y entregarse por entero. Para ello nos sentimos débiles y suplicamos, al comenzar este nuevo curso, un corazón nuevo, un corazón libre y limpio. Sabemos que sólo permaneciendo en Dios y en María eso es posible. **No queremos quedarnos en palabras, queremos que sean nuestros actos y decisiones los que muestren quien reina de verdad en nuestro interior.**